

Poéticas del presente

Claudia Pérez Iñesta (Universidad de Potsdam)

perezinesta@uni-potsdam.de

[*Poéticas del presente*. Ottmar Ette, Julio Prieto (eds.). Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2016.]

Justo tres años después de las Jornadas Internacionales de Crítica y Poesía realizadas en Potsdam y en Berlín, y justo un año después de la edición de dichas (fértil) jornadas en forma de libro, irrumpe “Poéticas del presente” justo a tiempo de calmar la necesidad o quizá, precisamente, a destiempo e insistiendo (369), con el desfase insalvable entre lo vivido, lo escrito y lo leído. Irrumpe cual vuelo de mosca repentino en la oreja¹ con el tiempo de la suspensión (23)... y de la escucha (26).

Libro escrito *a due voci* donde la primera es la voz poética de José Oliver, Octavio Paz, Cecilia Vicuña, Arturo Carrera, Coral Bracho, Edgardo Dobry, Sergio Raimondi, Pedro Provencio, Mayra Santos-Fevres, Héctor Viel-Temperley... entre otros, y la segunda voz la iluminadora reflexión crítica de veintiún autores. Aún más: entre esas *due voci*, toda una polifonía de voces, ya de por sí característica en la literatura hispanoamericana, donde se incluyen las de los muertos, permitiendo la palabra a los que se quedaron con mucho por decir (como en el ensayo de Niall Binns y de Marcos Canteli), revelando una función básica de la poesía: hacer hablar a los silenciados y olvidados por la sociedad y por la historia (277). La pluritud de tejidos no sólo poéticos y ensayísticos sino también transmediales y transareales, es ya anunciada desde el plural del título “Poéticas”. El presente sería ese no-lugar continuo suspendido entre la tradición y la modernidad donde no es tan habitual escuchar dicha polifonía y diversidad (352). Así como el poeta siempre está detrás del acontecimiento (109), la época presente sólo puede nombrarse a posteriori. “La época que comienza no tiene nombre todavía. Ninguna lo ha tenido hasta convertirse en pasado”, dice Octavio Paz apuntado por Gustavo Guerrero. Mamá, ¿cuándo comeremos pan de hoy? Mañana, hijo, mañana.

Los trabajos presentados se plantean como inquietudes, preguntas sinceras, expresadas de un modo muy auténtico. Quizá sea ese modo libre y propio lo que mueve al lector y le provoca levantarse de la silla. Propuestos desde la singularidad e independencia, establecen sin embargo nume-

¹ Ver el bravísimo ensayo de José Kozler en este libro “De dónde son los poemas”, 145.

rosos puentes comunicantes entre sí y coinciden en visiones y actitudes respecto a lo contemporáneo. “Lo contemporáneo no es lo actual, en lo contemporáneo siempre hay algo intempestivo y arcaico(en el sentido de arché: cercano al origen)” recuerda Edgardo Dobry en la sabrosa cita de Giorgio Agamben (108), pues “sólo aquel que percibe en lo más moderno y reciente los índices y las signaturas de lo arcaico puede ser su contemporáneo” continúa citando Valentina Litvan. “Poesías a contratiempo”, como la de Dobry, como crítica a la temporalidad del discurso lineal y a la tradición, o “a contrapelo” como la de Cecilia Vicuña expuesta de forma muy interesante por Julio Prieto (240). Como características de la poesía, vemos con Ottmar Ette el fragmento, la insularidad y el archipiélago, en contraposición a la tradición continua-continental y con Eduardo Milán el desprendimiento, el exilio. Se trata de un corte que afecta a lo espacial y lo temporal, y tiene que ver con la defensa de un mundo y una cultura no monolingüista (50, 248) José Morales Saravia cita la co-presencia de lo diferente (varios paradigmas poéticos en un solo autor, obra o texto) de Michel Foucault con relación a la poesía de Coral Bracho (207), algo que también podemos observar en la poesía plurilingüe de José Oliver, Cecilia Vicuña o Mayra Santos-Fevres. Ateniéndose a la palabra de Agamben a partir de un verso de Osip Mandelstam donde el poeta solda con su sangre las vértebras de dos siglos, según cita Edgardo Dobry (102) la poesía, en definitiva, es para los autores el elemento de fusión entre las fracturas del siglo y de los tiempos. Poesía como unión entre el espacio y el tiempo, entre el libro y el mundo. La poesía es densidad y a la vez alivio (161), herida y curandera, revelación y rebelión. Lugar de revuelta desde el paradigma y de posibilidad de negación, el lugar más político y social posible. Como Octavio Paz (118), Antonio Méndez Rubio enciende la alerta del peligro del mercado sobre las prácticas artísticas, y señala, del también múltiplemente citado Walter Benjamin: “el fascismo ve su salvación en el permitir que las masas se expresen (en lugar de que exijan sus derechos)” (86). Todos víctimas y esclavos de este nuevo fascismo actual de la pulsión hiperexpresiva, que consigue una normalización, una inhibición del conflicto, sigue Méndez Rubio. ¿Cómo combatirlo? Roland Barthes separaba los medios de la escritura -la lengua, el estilo- como objetos que no tienen función, de la escritura misma como arte, que sí que tiene una función (decir que NO al mercado!): “La escritura es un acto de solidaridad histórica” (109). “Cómo puede el lenguaje poético desplegar formas imprevistas y radicalmente políticas de comunicación silenciosa” (98), propondría una función de la poesía contemporánea de anti-voz efecto goma de borrar que alivia el peso del mundo, así como Carlos Piera habla de las ausencias y de la levedad de la poesía (154-161). Igualmente Eduardo Milán advierte los males de la estabilización y aceptación de la poesía, pues “se emite desde lugares de comunicación” (80). La poesía no es comunicación, repetía Benjamin². Eduardo Espina se pregunta “¿en qué manera leemos poesía

² Benjamin, Walter (1955). *Illuminationen “Die Aufgabe des Übersetzers”*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 50.

en la segunda década del siglo XXI, y de qué manera esa lectura condiciona la forma en que las formas son producidas?” (131). Efectivamente nos encontramos con un cambio de público/lector, pero no olvidemos que el poeta ha cambiado junto con su época. Así, no tiene que preocuparse en atender nuevas necesidades, sino en escuchar sus propias necesidades como individuo perteneciente a ese cambio, también como público.

¿Y cómo germinarían los diferentes ensayos de este libro en un solo lector? El lector sería justo el fecundador del huevo-libro (o de los huevos-ensayos, y huevos-poemas) como brillantemente apunta Alan Mills (330). La lectura establece la comunicación entre las islas que son los textos: toma de conciencia tanto del mar como de la isla, toma de conciencia tanto de la tinta como de la página, haciendo surgir los grafismos y modos alternativos de expresión derivados de las artes plásticas. Coincidencia no casual de la transmedialidad con la participación del lector en el proceso artístico, como vemos con Mirtha Dermisache y otros poetas como Edgardo Antonio Vigo y Guillermo Deisler en el ensayo de Francisca García (268). En una imagen recurrente de “marina” flotan calabazas de mate, Diarios, patos, quipus, diccionarios, nadadores, contenedores de mercancías, desechos... definitivamente no a la deriva sino en bulliciosa y chirriante armonía. Volviendo al tiempo de la suspensión y la escucha presagiado al principio de este texto, Eduardo Espina y Rike Bolte nos hablan del tempo lento de la poesía, contra nuestro tiempo actual (131), un tempo suspendido, e incluso de los diferentes tempos simultáneos del “instant complex” de Gaston Bachelard, *l’instant androgyne* (291), también la suspensión de lo simbólico (214) y del orden de las apariencias, el del dominio del espectáculo se mencionan en el ensayo de William Rowe sobre Héctor Viel Temperley. El sonido de la voz del poeta es un punto importante en el trabajo de Esperanza López Parada (182), que correspondería al estilo, a la esencia de eso que es el poeta en este instante, así como escuchar el sonido de un poema o de su traducción le es aconsejado por su padre a Timo Berger “A esa traducción le falta ruido” (324). Activados de esta forma tantos puntos de estimulación y tan sabiamente editado, “Poéticas del presente” representa un modelo de “convivencia” (siguiendo el hilo de Roland Barthes) en el panorama de la poesía hispanoamericana contemporánea.

Tras el encantamiento de los veintiún ensayos, al lector le acontece lo más importante: el deseo de leer poesía.